

Una bocanada de aire fresco

Por Raúl Alfonsín
Para LA NACION

HACE apenas poco más de cien días que asumí el cargo de presidente Néstor Kirchner, pero la vorágine de sucesos políticos desde el 25 de mayo me hace que el tiempo transcurrido parezca mucho más.

Por primera vez desde el retorno de la democracia puede decirse que un presidente llega al cargo con relativa tranquilidad en algunas cuestiones fundamentales. La Argentina se encuentra en cesación de pagos, tanto respecto de los acreedores externos como de los internos, con lo que ello representa en la disposición de fondos frescos. La recaudación ha ido en aumento y el superávit fiscal es importante. Es inminente la firma de un acuerdo a más largo plazo con el Fondo Monetario Internacional, negociación en la que la Argentina parece dialogar con firmeza en la defensa de los intereses nacionales. Cualquier acuerdo con el Fondo es malo, pero puede ser menos malo si nuestros dirigentes actúan con dignidad y no permiten que se nos imponga un nuevo ajuste salvaje.

La explosiva situación generada a partir de diciembre de 2001, con la debacle económica protagonizada por el gobierno de la Alianza y el ministro Domingo Cavallo, pudo ser manejada por el presidente Eduardo Duhalde, quien entregó una administración bastante ordenada, con una economía en incipiente crecimiento, luego de la tremenda caída del PBI del año último. La crisis social sigue siendo brutal, con altos niveles de desempleo,

parto la metodología que a poyan), con las Abuelas de Plaza de Mayo y su enorme empresa en la búsqueda de los chicos apropiados por los represores, y con organizaciones piñueteras.

Se deben mencionar, además, su rechazo y sus duras críticas: contra el sector financiero, que presiona al Gobierno para lograr más y más compensaciones por sus pérdidas, como si el riesgo empresarial no fuera parte del sistema capitalista, y las sucesivas negativas a los pedidos de las empresas privatizadas, que se desvienen por obtener aumentos de tarifas sin recordar las enormes ganancias de que disfrutaron en la última década.

Precisamente la presión de estas empresas sobre algunos de los funcionarios más cercanos ideológicamente a ellas generó un conflicto entre el Presidente y su vice. Plus ça change, plus ça change. Un exceso, a mi parecer, la actitud sorprendente del Presidente de

un bajo porcentaje de apoyo popular para los dos postulantes más votados. Sin embargo, el Presidente no puede vivir en campaña. No puede estar de aquí para allá apoyando a los candidatos de su cuño en cada una de las campañas políticas que se desarrollan en el país.

Unir todos los esfuerzos

El jefe del Estado sabe que su tarea no es sencilla, pero es necesario que se convenga de que no puede ser realizada por un solo partido político, sino que tiene que ser llevada adelante por un verdadero proceso de unión nacional, que no elimine los disensos, porque éstos son necesarios para que exista la democracia, pero que se asiente en determinados consensos básicos y fundamentales, que son los que permiten la integración nacional.

enfrentar al poder especulativo. No alcanzan los partidos para discutir de igual a igual con el poder del neoliberalismo. No debe ser un sueño imposible la idea de un gran acuerdo cívico en el que participen todas las fuerzas sociales con sentido nacional: partidos políticos, entidades empresariales, sindicatos, entidades religiosas, cooperativas, mutuales, organizaciones no gubernamentales.

Estoy convencido de que se cumpliría un anhelo de toda la sociedad si los partidos políticos con vocación nacional postularáramos los intereses partidarios para volcar todos los esfuerzos en una única empresa nacional, unidos por una estrategia común, en respaldo de las instituciones, sin desmoron de las distintas identidades, pero poniendo todo el esfuerzo por re-

hablando de la cultura, de la forma de comportarse. Necesitamos solidaridad, necesitamos esfuerzo, necesitamos austeridad, necesitamos transparencia, necesitamos sacrificio. Hasta ahora, el Presidente ha atacado blancos relativamente blandos. Nos falta ver qué actitud asumirá cuando se trate de lidiar con enemigos fuertes.

El particular estilo presidencial parece haber logrado, aunque más no sea en el discurso, que políticos de diferentes vertientes ideológicas pugnen por definirse como los más cercanos al Gobierno. Así, hemos visto a candidatos de diferentes partidos y tendencias que dicen estar, todos, del lado del Presidente. Esto sería magnífico si se tornara realidad, más allá de las coyunturas. Hemos visto, a lo largo de la historia del país, como el partido que está en la oposición trata por todos los medios de que al que gobierna le vaya mal para lograr, de esa manera, el acceso al poder. La

hablaba - ambos competidores manifestaban su total apoyo a la acción de gobierno del presidente Kirchner. Tanto desde la derecha neoliberal, representada por el candidato triunfador en la primera vuelta, como desde la oposición más progresista del actual conductor de la ciudad, la adhesión al Presidente parece firme.

Esta circunstancia puede ser entendida como muestra del oportunismo de algunos para aprovechar el vendaval de apoyos cosechados por el Presidente de parte de la mayoría parte de la sociedad. Este es, de todos modos, un bien síntoma para recuperar la relación entre la gente y los políticos.

El pueblo argentino quiere, desde luego, superar la crisis aguda que vivimos en los campos económico y social, crisis que lo ha llevado a cierto escepticismo, a alguna desesperanza, que lo ha conducido a una búsqueda de nuevas relaciones a lo que se suele llamar "la exclusiva responsabilidad de la dirigencia política" de todos estos males que nos han ocurrido. Esto, naturalmente, se debe a algunos de los ejemplos que han dado los políticos que en vez de servir al pueblo se han servido de sus cargos.

Y esto que está sucediendo ahora es una bocanada de aire fresco que brinda una oportunidad única para recuperar la buena relación entre el pueblo y los partidos políticos.

El pueblo argentino quiere, en definitiva, que vayamos saliendo de nuestros problemas, pero de

La terrible crisis política estuvo a punto de abrir la puerta a la derecha, agazapada siempre detrás de la hectombra

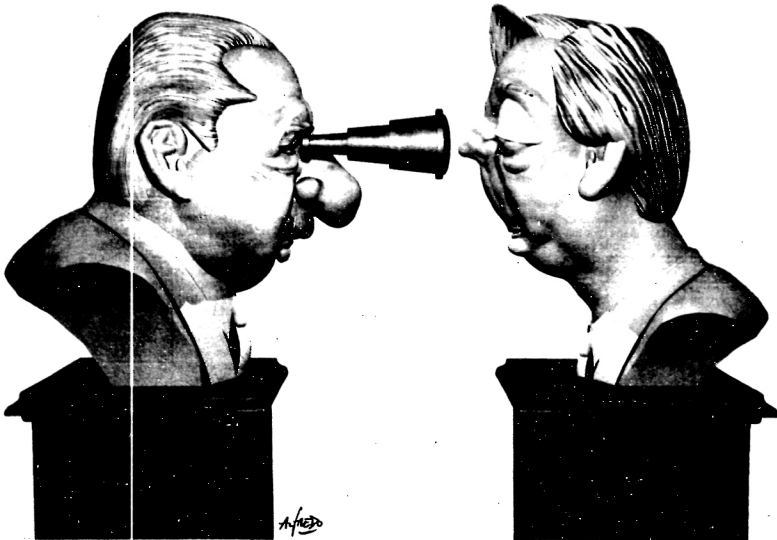
manda que se le diga toda la verdad: que no vamos a salir de un día para el otro, que nos animemos incluso a luchar contra una ilusión que se plantea demagógicamente, porque estamos cansados de demagogia.

La Argentina correrá un riesgo enorme de perder la democracia que tanto nos costó recuperar. La terrible crisis política que vivió el país hace poco más de un año y el desprestigio que envolvió a los políticos estuvieron a punto de abrir la puerta a la derecha, que agazapada detrás de la hectombra espera siempre su oportunidad para ocupar los espacios vacíos. El pueblo argentino está convencido de que si no actuamos, si no actuamos la política, serán otros los que actúen en nombre de los partidos políticos. Siempre se llenan los espacios.

Y como el pueblo desea que haya un Estado - sólo un Estado puede darse tal nombre cuando está libre de toda dependencia extranjera y de toda dependencia interna de los factores de poder - es necesario que actuemos todos juntos en busca de un ideal común, detrás de lo nacional y lo popular.

Esto es lo que quiere nuestro pueblo. Que entendamos lo que está mal, que mejoremos lo que está regular, que cuidemos lo que está bien, que actuemos todos juntos para lo que está por delante y que a través de un esfuerzo común vayamos realizando esta Argentina de nuevo. **E LA NACION**

El autor fue presidente de la Nación de 1983 a 1989.



Cualquier acuerdo con el FMI es malo, pero puede ser menos malo cuando los dirigentes actúan con dignidad

importantes cifras de trabajo en negro, obreros sin ningún tipo de cobertura y sin posibilidades de reclamarle al patrón su regularización por el temor de ser despedidos. El Gobierno parece decidido a buscar soluciones, con leyes que permitan mayores control de sanciones para los evasores, así como una "invitación" a los empresarios para que regularicen la situación de sus empleados legales, so pena de sufrir serias consecuencias.

Inmediatamente después de lanzarse un plan de lucha contra el trabajo en negro, surgieron las voces del establishment sobre las consecuencias nefastas que esto tendría en el mercado laboral. Advierten que si el empresario tiene que pagar todas las cargas sociales se sentirá inclinado por el despido del personal legal, lo que traerá consigo una más desocupación. Es como decir que si se vieran obligados a dejar de evadir los pagos del impuesto a las ganancias y del IVA tendrían que cerrar las puertas de sus empresas y total su desaparición.

Está bien claro: el estilo del Presidente, sumamente particular, preocupa a muchos, aunque también pretenden sacar partido de ellos los poderosos. Recelan, dudan, temen. Hace más de tres meses que asumí y fueron contactos con los líderes de una nueva fuerza política que el Presidente mantuvo: algunas reuniones con empresarios del sector industrial, que parecen apoyar; sus encuentros con representantes de las tres centrales obreras, con las Madres de Plaza de Mayo de la línea de Hebe Bonfatti, y con el dolor, pero no com-

despedir a una decena de funcionarios llegados a la Secretaría de Turismo y Deportes de la mano de Daniel Scioli. Con seguridad, el primer mandatario pensó, "justamente a mi modo de ver, que el vicepresidente podría ser un vehículo para satisfacer la voracidad de las concesionarias de servicios públicos.

Es un suceso que pinta al Presidente de cuerpo entero. Una espontaneidad natural del primer mandatario que me parece un poco peligrosa. Tal vez debería ser más reflexivo en algunas cuestiones sensibles; y no imbuirse ese sello tan sanguineo a sus decisiones. Debería dejar actuar más al estadista que seguramente tiene en su interior.

Sin embargo, debo coincidir con el Presidente en que una predicción errónea, por mejor intención que esté, conspira en de hitiva contra las posiciones progresistas. Es lógico que pretenda construir poder a cada paso. Más si se toma en cuenta lo particular de las elecciones presidenciales de abril, con una segunda vuelta frustrada y con

El Presidente parece desconfiar de todo el espectro político argentino, incluso de los hombres de su propio partido. En sus primeros tres meses de gobierno no ha tenido contacto alguno con la dirigencia política, especialmente con el Parlamento, uno de los poderes de la República, el que tiene la representación de todos los argentinos. La reforma constitucional de 1994 obliga, por las mayores requeridas, a consensos indispensables en el Congreso Nacional, lo que no es compatible, de ninguna manera, con una vocación hegemónica que sponga que los partidos políticos deben obedecer las decisiones del Presidente.

Todos nosotros sabemos de las enormes dificultades para seguir viviendo en democracia cuando gran parte de nuestro pueblo sufre tanto. De allí, entonces, la necesidad que tenemos todos de dar respuestas adecuadas a los legítimos reclamos de los argentinos. Las fuerzas políticas y sociales tienen enormes dificultades para

construir el país y volver a tener una patria que nos enorgullezca.

Es evidente que la gente quiere un Estado fuerte que defienda al ciudadano de la coacción y la explotación de los poderosos, pero que también sea democrático, cuando, aunque se trate de las exigencias más legítimas, el reclamo sobrepase los preceptos mínimos de la legalidad. Ese fue un aspecto fundamental del Pacto de La Moncloa, en España, por ejemplo.

Vista es una oportunidad única para cumplir con estos anhelos. La Argentina tiene un presidente que goza de la aprobación del 80 por ciento de la población. Es la primera vez que un mandatario de la democracia dispone de semejante caudal de beneplácito social, lo que le da el plañón suficiente para emprender el camino hacia esa nación floreciente que todos buscamos.

Se trata de ganar la batalla cultural a través de la ética de la solidaridad. La batalla cultural es todo, porque la cultura, en un sentido amplio, es todo en un país. Estoy

Argentina ha vivido esa situación en innumerables ocasiones y la crisis terrible que vivimos hoy es, en parte, producto de esos métodos.

Poco por criticar

Hoy son muy pocos los que se atreven a criticar al Gobierno, ya sea porque goza de un altísimo porcentaje de adhesión popular y nadie quiere ponerse a la gente en contra ni ir contra la corriente, o bien porque se pretende utilizar ese empuje de que goza el jefe del Estado para aprovechar el envío y ubicarse en posiciones más convenientes.

Tal vez también haya muy poco por criticar y más por alabar, pero está en la oposición la responsabilidad de controlar al que gobierna, y éste es un elemento esencial de la democracia.

Tenemos un ejemplo claro de esta circunstancia en la Capital Federal. Luego de la primera vuelta electoral - en la que triunfó Mauricio Macri, seguido muy de cerca por el actual jefe de gobierno, An-

La crisis de la ONU: causas y soluciones

Por Sergel Karaganov
Para LA NACION

LA ONU atraviesa por una crisis grave y prolongada. No saldrá de ella, a menos que comprenda sus causas y se reorganice, pero una nueva forma de corrección política dificulta esa reforma.

Entre las causas principales de la crisis figura el cambio de la situación internacional tras el colapso de la Unión Soviética y la proliferación de lo que he dado en llamar "Estados incompetentes". Numerosos países que alcanzaron su independencia gracias a los movimientos nacionales de liberación del período 1940-2000 fueron incapaces de crear condiciones de vida normales en sus territorios. En la era de la globalización, también adolecen de un retraso creciente respecto de las naciones desarrolladas.

Además, muchos de estos regímenes son simplemente ineficaces; en un futuro previsible, se derrumbarán o simplemente un cambio drástico. A su vez, y de manera inevitable, ello provocará una inestabilidad militar y política duradera en grandes áreas de África, Medio Oriente, Asia central y meridional, y varias en Europa y Asia.

El ascenso de Estados incompetentes plantea desafíos enormes: multiplicación de las armas de destrucción masiva, terrorismo, luchas religiosas y étnicas, disputas por los recursos naturales, oleadas migratorias, narcotráfico y deterioro

ambiental. Esos Estados cuestionan nuestra actitud tradicional hacia la soberanía nacional. La tolerancia dispensada hasta hace muy poco tiempo resulta cada vez más peligrosa. Reafirmar el derecho de cada nación a la autodeterminación es políticamente correcto, pero genera más problemas en los competentes. Hoy día, los Estados inpetus casi son mayoría en la ONU. En el mundo desarrollado, muchos opinan que esto le resta legitimidad moral a la institución. También afecta su capacidad de tratar los problemas capitales del actual entorno internacional.

Los Estados incompetentes ponen en tela de juicio: nuestra opinión tradicional sobre la soberanía

La segunda causa radical de la crisis de la ONU es el hecho de que a Estados Unidos ya no le resulta cumplir con las viejas normas sobre relaciones internacionales. En verdad, por su condición de superpotencia, a sus intereses les resulta cada vez más desventajoso adherirse a unas reglas de juego que si en el pasado fueron violadas reiteradamente, hoy se consideran un impedimento para que Estados Unidos asuma un nuevo papel en los asuntos internacionales.

El nuevo papel que contempla Washington está muy ligado a la profunda desestabilización ocasionada por la proliferación de los Estados incompetentes. En realidad, ya hace un tiempo que Estados Unidos ansía poner orden en el mundo y modernizar los regímenes particularmente molestos en regiones muy estratégicas. En Medio Oriente y Asia central, esta política parece haber adquirido, a veces, un predominio comparable al de la antigua doctrina de disuasión desplegada contra la Unión Soviética y sus aliados comunistas.

La razón primordial de las acciones emprendidas por Estados Unidos en Irak fue el deseo de contrarrestar esa desestabilización y consolidar su condición de superpotencia. Tal vez el mundo no apoye sus intenciones unilaterales de convertirse en genandarme, sobre todo porque bien pueden acrecentar más inestabilidad. No obstante, importa comprender por qué Estados Unidos toma estas medidas que ellas responden a un problema medular del orden internacional actual.

Si Rusia y los otros miembros del Consejo de Seguridad que se opusieron a la política norteamericana en Irak en verdad querían defender el derecho inter-

nacional y disuadir a Estados Unidos, la suya fue una política ingenua, condenada al fracaso. Si quisieron preservar el Consejo de Seguridad y la posición de sus actuales miembros permanentes, entonces lo más probable era que sus acciones produjesen el efecto contrario. De igual modo, los intentos de demostrar, desde la retaguardia, que la razón estaba con quienes se oponían a la guerra en Irak, y no con los norteamericanos y británicos, así como la exigencia de pruebas de que Irak poseía armas de destrucción masiva, de nada sirven y

Se necesita una reforma que responda al orden internacional y a las nuevas realidades políticas

sólo causan irritación mutua. Por mucho que les duela a algunos, no se puede preservar y reformar la ONU sin la cooperación norteamericana.

Convertir a la ONU en un instrumento de lucha contra Estados Unidos sólo redundará en su debilitamiento o clausura definitiva. Lo que se necesita es una reforma que responda al orden internacional actual y adapte el derecho internacional, cada vez más obsoleto y desestimado, a las nuevas realidades

económicas y políticas. La reestructuración debe empezar por el Consejo de Seguridad, cuyo mandato, otorgado en 1945, ya no es viable. La solución más obvia es aumentar el número de miembros permanentes de cinco a ocho u otros (incluyendo a Alemania, Japón, India y Brasil), así como la inclusión de nuevas reglas de votación de manera tal que para bloquear una acción se requieran los votos de dos o tres miembros permanentes, en vez de uno solo.

Pero es improbable que la ONU se reforme desde dentro. Necesita un impulso externo. Quizás, el mejor modo de proporcionar sería institucionalizar el G-8 y otorgarle funciones ejecutivas. Si, como es probable, la ampliación del Consejo de Seguridad no tuviese suficiente apoyo, los países desarrollados deberían volver a aquella etapa, por varios años, romo los circuitos políticos exterior: crear una organización basada en el G-8, pero que incluya a China e India.

Sin una reforma completa, la ONU pronto podría seguir los pasos de otras recientes instituciones de la Guerra Fría, como la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa y el OTAN.

Project Syndicate y La Nación (Traducción de Zoraida J. Valcárcel)

Sergel Karaganov preside el Consejo sobre Política Exterior y Defensa de Rusia.